SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA CELOSA

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

AMABLE CARRIÓN Y RICARDO APARICIO

Estrenada con extraordinario éxito

en el Teatro de Ruzafa de Valencia, la noche

del 12 de Mayo de 1900



MADRID

FLORÍN, 8, BAJO

1900

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA CELOSA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

AMABLE CARRIÓN Y RICARDO APARICIO

Estrenada con extraordinario éxito

en el Teatro de Ruzafa de Valencia, la noche

del 12 de Mayo de 1900



1900

IMPRENTA TOMÁS SOTO

Ruzafa 48.—VALENCIA

Al Sr. D. Rafael Díaz

Como prueba de cariñoso respeto y agradecimiento sincero.

Amable Carrión Ricardo Aparicio

A Vicente Escalante

Permítenos que figure tu nombre aquí, única manera de poder demostrarte nuestro agradecimiento.

Amable Ricardo

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARLOTA.	Sra. Alverá.
MARÍA.	Srta. Gimenez.
RAMONA.	Sra. Castillo.
CECILIA..	Srta. Alverá (C.)
TIBERIO.	Sr. Miró.
EMILIO.	» Martínez.
JUAN.	» Piqueras.
PEPITO.	» Sanz.

La acción en Madrid

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda: las del actor

Al esplendido primer actor Agapito Cuevas su buen amigo
Ricardo Olparisio

ACTO UNICO

Decoración de Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales. Un boudoir, escritorio de señora, lateral, primer término, derecha. Balcón practicable, segundo término derecha.

ESCENA PRIMERA

TIBERIO aparece sentado en una butaca con un periódico en la mano en actitud de leer.

TIBE. Dejando el periódico
!Nada de crísis! Los míos no suben, y claro, éstos no bajan... yo pasando las de Caín... Estoy divertido. Desde que tuve la desgracia de quedar cesante de la clase de quintos, con categoría de cuartos y aspirante de terceros, mi vida es un martirio contínuo... ¡Cesante! ¿Ustedes no saben lo que es un cesante? Algunos dirán: pues cesante, es un hombre que no tiene dinero... pues no señor; que hay cesantes que lo tienen... Cesante, es un hombre que por Real órden cesa de todo; cesa de comer, cesa de beber, cesa de vestir, cesa de pagar; de lo único que no cesa es de sufrir; para eso, el día del cese, le entrega el Ministro la credencial... Unos padecen hambre... otros persecuciones y sed de justicia. . algunos las dos cosas... todos son *bienaventurados*... yo, guiado por mi

estrella, sufro las impertinencias de este matrimonio que en mi desgracia me amparó, y aquí estoy actuando de loquero, pues participo á ustedes que muchos, con menos motivos que estos cónyuges, están con camisa de fuerza... Ella, Carlota... no es mujer... es un Otelo con faldas. No deja vivir al pobre Emilio ni á mí. Estoy hasta aquí de oirles. Emilio, no mires... Emilio, no rias... Emilio, no tosas... en fin... con decir á ustedes que prohibe á su marido comer sardinas porque son hembras... está dicho todo... ¿Pues y con migo? es inexorable! Tiberio, que va á salir Emilio... sígalo á todas partes y venga en seguida á decirme por dónde ha ido, á quién ha mirado, con quién habla, á quién saluda, Ay Dios mio! qué desgraciada soy! Emilio me engaña!... Me preparo, salgo detrás de Emilio, exponiéndome á que me rompa un hueso, por ser su sombra. Vuelvo á casa... ¿Dónde ha ido? Qué ha hecho? No hay novedad? Mentira. Mi marido es un infame y usted su tapadera... señora!... Lo dicho; ¡Qué desgraciada soy!... Viene Emilio. Bronca fenomenal. Te han visto en la calle del Carmen hablando con una.—¿A mí? imposible.—No lo niegues, Tiberio te ha visto.—Señora, por Dios.—Que me ha visto? cuándo? cómo? mal amigo. Así pagas mis favores. No le reprendas; hace muy bien en avisarme. Estoy harto de tí... y yo de tí... Te aborrezco... Te odio... Esto no es vivir... pim... pam... pum... sillas por el aire... platos hechos cisco... muebles desvencijados... y la comida á la cocina otra vez... Así estoy hace año y medio. Si no gano el cielo, no hay ningún Santo.

ESCENA II

TIBERIO Y EMILIO

TIBE. Aqui está la victima... séale la tierra leve.
EMIL. Está Carlota en su gabinete?

TIBE. Sí.

EMIL. Me alegro porque tengo que hablarte.

TIBE. Dí.

EMIL. Siéntate. *Se sientan*

TIBE. Malo, malo, malo,

EMIL. Eres un mal amigo.

TIBE. Emilio!

EMIL. Sí; un mal amigo, que agradece mis favores sembrando la discordia en mi matrimonio.

TIBE. Emilio por Dios!

EMIL. Tu tienes vuelto el juicio á Carlota con tus patrañas, y en esta casa no hay un momento de paz desde que actúas de reporter en el diario de noticias que contra mí publicas.

TIBE. Es decir que tengo yo la culpa de tus desgracias?

EMIL. Nadie mas que tú.

TIBE. Está bien; no es posible mayor injusticia. Todos abusáis de lo triste de mi situación... me maltratáis... me insultáis...

EMIL. No hombre, no es eso. Es que...

TIBE. Es que tu mujer está loca y nos vuelve locos á todos.

EMIL. Tiberio!

TIBE. Si, loca de remate; y tú, tonto de capirote... Escucha. Tu mujer me manda diariamente que siga tus pasos, y cuándo vuelvo y le digo que nada he visto que la pueda molestar respecto á tí, se pone furiosa, me llena de improperios, so pretexto de que la engaño... y cuando llegas tú ella inventa esa sarta de disparates que te larga sólo para atormentarte... No conoces su temperamento? No sabes que es la sombra de Torquemada?

EMIL. Tienes razón. Somos dos víctimas de sus nervios.

TIBE. Que más! El otro día tuve con ella un disgusto de primer orden, del cual no he querido hablarte. Recuerdas que me mandaste limpiar las armas de la panoplia de tu despacho?

EMIL. Sí.

TIBE. Pues bien. Me puse á limpiarlas. Con objeto de no mancharme con el polvo me coloqué un mandil de la criada y me

hice un gorro con un pañuelo.

EMIL. Já... já...

TIBE. Espera... Entra Carlota... yo al verla me quité el mandil y el pañuelo para que no me sorprendiera en esa facha... y sabes lo que dijo?

EMIL. Que estabas hecho un mamarracho.

TIBE. Ca!... Que allí había una mujer con mandil y pañuelo esperándote... que yo era un... etc.; la enseñé el mandil y el pañuelo, quise convencerla... ya... ya... quería pasar á casa del vecino pues decía que en tu despacho tenías una puerta secreta en comunicación con la casa de al lado y por ella había huido la mujer de su fantasía.

EMIL. Eso es espantoso!

TIBE. Pobre Emilio! Qué mujer!...

EMIL. Qué hacemos para curarla?

TIBE. ¿Qué hemos de hacer con una mujer que, porque á la cocinera le duelen las muelas y se pone una cataplasma de vinagre con almidón, dice que se pinta para gustarte? Con una mujer así no es posible más remedio que una estaca, y eso no puedes ni debes hacerlo.

EMIL. Es verdad! Fuí dos veces animal al casarme con ella.

TIBE. Hombre... tanto no... pero una vez animal... eso si lo fuiste.

EMIL. *Queriendo abrazarle.* Ay, Tiberio, qué desgraciado soy!

TIBE. *Huyendo.* No, no me abraces, que si nos sorprende tu mujer también vá á tener celos... de mí! pues eso nos faltaba!...

EMIL. Resignación. Ya buscaremos remedio á este grave mal.

TIBE. Es muy difícil.

EMIL. Ahora vas á hacerme un favor.

TIBE. Tú dirás.

EMIL. Sabes donde vive mi amigo Mariano Junquera?

TIBE. Sí.

EMIL. Pues vas á llevarle una carta que para él voy á escribir y se la entregas en propia mano. Es con objeto de que me mande un trabajo para el semanario.

TIBE. Voy á arreglarme mientras la escribes.

Vase

ESCENA III

EMILIO, luego CARLOTA, que sale de un gabinete, y al ver á Emilio escrib iendo se coloca detrás de él y le arranca la carta de las manos cuando lo indica el diálogo.

EMIL. Sentándose á escribir. Es un mareo el estar encargado de la sècción amena de un periódico. Parece uno una señorita cursi, siempre á caza de versitos y pasatiempos. Escribe la carta que se indica. Ya está! Firmando.

CARL. Infame! Niégalo!... Venga esa carta...

La quiere arrebatar luchando.

EMIL. Carlota!

CARL. No, no abandono mi presa... esta prueba de tu iniquidad... me la has de dar... perjuro! suelta!

EMIL. No suelto.

TIBE. Desde el foro. Horror, se destrozan!... cualquiera entra ahora. Vase.

CARL. Rompiendo la carta y quedándose con la mitad. Al fin.

EMIL. Carlota! Esta vida es imposible... No puedo vivir más tiempo á tu lado... el divorcio se impone... Sólo fuera de aquí tendré sosiego.

CARL. Claro! Es tu ideal. Dejarme sola... abandonarme... así estás libre para tus trapicheos... porque te quiero... por el delito de amarte... ingrato! Llora.

EMIL. Muy nervioso. Me marcho por no estrangularla. Vase lateral derecha.

ESCENA IV

CARLOTA luego TIBERIO

CARL. Viéndole marchar. Verdugo de mi existencia! Yo que te consagro mi vida, que todo mi afán es verte feliz y evitarte disgustos... y tú me matas... me matas... Leyendo el pedazo de la carta. «María, esta noche la fuga me prometistes; tuyo, Emilio» Ah infame, mal hombre, canalla!... Te voy á armar el gran Tiberio. Se dirige á la lateral por donde entró

Emilio y observa entre la cortina. Se está preparando para salir.

TIBE. Entrando. Me ha llamado V.?

CARL. Nerviosa. Déjeme V. en paz... Digo, no. Venga V... Usted conoce á María?... Si hombre, diga V. que sí.

TIBE. Señora, si yo...

CARL. Lo vé V.... la conoce V... Si yo no me engañaba, si V. es tan infame como él; qué digo? más... más infame...

TIBE. (Pero qué será esto?) Señora!...

CARL. ¡Niéguelo V.! Ahora mismo sigue V. á Emilio que va á salir, y si dentro de media hora no está V. aquí dándome noticias exactas de esa María... entonces... entonces le destrozo.

TIBE. (Y lo hace.) Pero quién es esa María?

CARL. Usted lo sabe; media hora de plazo, á... buscarla.

TIBE. Bueno. Dios mío, quién será esa María? María... Santísima!

Vase foro.

ESCENA V

CARLOTA.

Ahora que digan que soy nerviosa y que es mi carácter el que trae los disgustos á la casa... Claro!... Las pobres mujeres siempre las víctimas... y los hombres... siempre los verdugos. Ah! hombres, hombres! cómo abusáis de nuestra debilidad!... con que, una fuga?... Estoy nerviosa, muy nerviosa! ¡Me ahoga la rabia... necesito aire!... me asfixio... Abre el balcón y se asoma. Ah! la vecinita del 3.º de enfrente en el balcón... es natural! como que es la hora en que sale Emilio á la Diputación... y mira hacia aquí... y se ríe... Que me nieguen ahora esta prueba... Coqueta! Yo aviso á su papá... vaya si lo aviso, que sepan que Emilio es casado y que nada pueden esperar de él. Esta tarde me marcho con mis padres y les cuento todo cuanto me ocurre; yo no puedo aguantar

por más tiempo esta vida, imposible, imposible. (Llamando.) Cecilia!

ESCENA VI

CARLOTA y CECILIA.

CEC. Señora!
CARL. Ha visto V. salir al señorito?
CEC. Sí señora, se marchó hace rato!
CARL. Le ha visto V. alguna vez hablar con algún vecino?
CEC. Sí señora, muchas veces!
CARL. Ah infame!
CEC. Señora, yo...
CARL. No. Siga V.
CEC. Pero...
CARL. Era bonita?
CEC. Quién señora?
CARL. La vecina con quién hablaba el señorito!
CEC. Pero si con quién hablaba el señorito era con el portero.
CARL. Pues no ha dicho V....
CEC. Yo, señora!...
CARL. Basta. Márchese V. á la cocina.
CEC. Como V. mande; vaya un génio. (Vase foro)
CARL. Hasta la criada; todo el mundo me engaña; esto es insufrible.

ESCENA VII

CARLOTA y TIBERIO.

TIBE. (Tomemos precauciones que está rabiosa...) Se puede?
CARL. Sí, adelante.
TIBE. Ya estoy de vuelta.
CARL. Qué ha visto? Dónde ha ido Emilio? con quién habló? á quién vió? Vamos hombre... vamos.
TIBE. Señora... déjeme V. tomar aliento... (que torbellino) Se sienta y Carlota pasea muy nerviosa Salí de casa y lo alcancé en la calle del Colmillo; torció hacia la calle de Fuencarral, torcí yo también... Fuencarral arriba.

CARL. ¡Infame, pérfido... no te perdono, no, no... con que una fuga? y con María?... Esto es horrible, espantoso...

TIBE. (Uy como está!) Pero qué tiene de horrible ni espantoso el que Emilio vaya por la calle de Fuencarral?

CARL. No hablo con V... Adelante... Bribón!

TIBE. (Bueno lo está poniendo.) Fuencarral arriba, Puerta del Sol, calle Mayor, calle de Santiago, pim, pim, á la...

CARL. Con qué calle de Santiago ha dicho V.?

TIBE. Sí, señora... el camino directo para ir á la Diputación.

CARL. No señor! el camino directo para ir á mi desgracia... Ah! que rayo de luz me ha dado V.

TIBE. (Así me partiera á mí uno; pero hombre, que siempre lo he de echar yo á perder.)

CARL. Usted sabe lo que hay en la calle de Santiago?

TIBE. Yo?

CARL. Pues hay una carnecería.

TIBE. No señora, hay cuatro.

CARL. Una... una que es mi martirio hace mucho tiempo... una que está haciendo conmigo una carnicería.

TIBE. Que atrocidad!

CARL. Dándole el pedazo de la carta. Lea usted!...

TIBE. Después de leerla. (Caracoles! la cosa es grave!) Bueno, pero esto es sólo un pedazo.

CARL. Cuando eso es el pedazo... calcule V. cómo será todo entero.

TIBE. (Pero tendrá razón esta loca!) (!No, no. Emilio es incapaz!..)

CARL. Que dice V.?

TIBE. Yo... nada...

CARL. Pues yo lo diré todo.

TIBE. (Como siempre.)

CARL. En esa calle hay una carnecería.

TIBE. Ya lo ha dicho V.

CARL. En esa carnecería hay una carnicera.

TIBE. Bueno.

CARL. Malo! Esa carnicera... es la amante de mi marido.

TIBE. (Que barbaridad!) Señora.

CARL. Yo he seguido varias veces á Emilio, y al llegar á la calle de Santiago le he visto vacilar, ponerse nervioso, apretar el paso.

TIBE. Se le haría tarde.

CARL. No le defienda V.... y al llegar á la puerta de la carnecería toser... toser... quiere V. más pruebas? Esa carnicera es su amante.

TIBE. Ave María Purísima!

CARL. Averigué su nombre, su estado, todo cuanto se relaciona con ella, y sé que se llama María... María, el nombre que va en esta carta; luego es para ella, sí, para ella... ya no hay duda, no hay duda...

Pasea llorando nerviosamente.

TIBE. (Esta mujer es una máquina eléctrica.)

Paseando detrás de ella.

Vamos Carlotita!... no sea V. niña... Emilio no comete esas infamias; él la adora á V.

CARL. Mentira.

TIBE. Es un buen esposo.

CARL. Falso.

TIBE. No señora, no es falso.

CARL. Hagamos una prueba.

TIBE. Para ver si es falso?

CARL. No señor; para cenvencerme de su inocencia.

TIBE. (Dios mío! qué inventará?) Hagámosla, y verá V.

CARL. Va V. á llevar una carta mía para el marido de esa María, en la cual le voy á decir que su mujer es la amante de Emilio.

TIBE. Horror! Eso no es una prueba, eso es la sentencia de muerte de Emilio...

CARL. Vienen aquí, y si es mentira Emilio se defenderá.

TIBE. Y tanto como tendrá que defenderse.

CARL. Se defenderá para probar su inocencia... pero si es verdad... entonces, entonces entre el marido de María y yo acabamos con los dos.

TIBE. No, con los tres, porque á mi también me tocará algo. Lo que V quiere es quedarse viuda... por Dios, no haga V. semejante disparate.

CARL. Accede V. á mis deseos, ó busque V. donde estar.

TIBE. Pero...

CARL. Ni una frase más.

TIBE. (Pues duro.) Sea lo que V. quiera.

CARL. *Escribe.* A ello.

TIBE. Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal y que paliza me espera tan fenomenal. Ay... Tiberio y que tocayo se va á armar.... Aquí salimos todos de cabeza y va á haber una de chichones y cardenales que ni en la despedida de los peregrinos... Pobre Emilio! Yo le aviso... esto que se va á hacer con él es criminal.

CARL. *Cerrando la carta.* Esto es de mucho efecto.

TIBE. Ya lo creo! Ya verá V.... ya verá V.

CARL. Ahora á su destino! Ay de V. si no la entrega!

TIBE. (Ya lo creo que la entrego.) Descuide V... Creo en Dios padre....

ESCENA VIII

CARLOTA, CECILIA Y RAMONA.

CARL. Sí, es lo mejor... veremos, si me engaña! pobre de él! mi venganza sería ejemplar... Pero y si es inocente? ¡Ah! entonces no me perdonaría el disgusto que le doy... Pobre Emilio, tan bueno para mí... Pero no, es culpable. Aquí está la prueba. Llaman, quién será?

CEC. Señora!

CARL. Qué ocurre?

CEC. Una señora que pregunta por el señor.

CARL. Una señora?

CEC. Sí.

CARL. Cómo es, alta, baja, gruesa, delgada, fea, bonita?...

CEC. Uy! La señora parece un telegrama. Pues es regular.

CARL. Que pase.

CEC. Uy cómo está hoy. Tendremos ataque.

Medio mutis.

CARL. Oye.

CEC. Qué?

CARL. No; nada, que pase.

CEC. Jesús! Esta señora parece un catecismo. Siempre preguntando.

CARL. Preguntan por él... y una señora... Otro lío suyo... veremos.

RAM. *Entrando con recelo.* Buenos días, señora.

CARL. Muy buenos... Adelante, adelante. (Uy! esta mujer me escama.)

RAM. (Esta debe ser su señora.) Usted dispense que moleste, pero como en la Diputación es difícil ver á los señores diputados... me dije... pues á su casa.

CARL. Sí, sí, ha hecho V. bien

RAM. (Que amable es esta señora.) Pues... yo venía para hablar con D. Emilio....

CARL. Si ya... ya lo sé.

RAM. (Es muy simpática: la hablaré al alma para que se interese.)

CARL. (Mucha diplomacia yo haré que te espliques.)

RAM. (No se como empezar; estoy cortada.) Y está bueno D. Emilio?

CARL. Si... muy bueno.

RAM. Me alegro... Pues yo quería hablarle, para ver en que quedábamos por fin del asunto de «La Asunción.»

CARL. (Ah! calma.) Si... algo me ha indicado... (Ah, traidor!)

RAM. Usted comprenderá señora, que en mi situación, lo que me conviene, es deshacerme de ella cuanto antes.

CARL. (Que descaro... yo la estrangulo.)

RAM. A mi no me proporciona más que gastos que no puedo con ellos... D. Emilio la conoce perfectamente y está enamorado de ella.

CARL. Señora! (Apuremos el asunto para que no puedan negarlo.)

RAM. (Que mirada! Esta señora tiene algo.) Se pone V. mala?

CARL. No, no señora, son... los nervios. Con qué enamorado, eh?

RAM. Sí, señora... y no tiene nada de particular por que la cosa lo merece Movimientos muy nerviosos en Carlota ascendentes según habla Ramona. A todos cuantos la conocen les ocurre lo mismo.

CARL. Qué cinismo!... Esta no sale de aquí con vida.) Tanto vale?

RAM. Que si vale? Ya tendrá V. ocasión de verla. Ahora está algo descuidada por falta de dinero, pero si D. Emilio la toma, él que es rico, la pone en un mes desconocida.

CARL. No puedo más! Basta ya! Fuera de esta casa y aprenda usted á tener decoro. Salga inmediatamente, ó me olvido de cuanto me debo, y la araño.

RAM. Pobre señora, se ha vuelto loca... Pero...

CARL. Váyase V. ó no respondo de mí... Insolente!

RAM. Yo contaré á D. Emilio...

CARL. A D. Emilio?... toma. *Se avalanza á pegarla y entra Tiberio que recibe todos los golpes que las dos se propinan.*

RAM. Favor! Socorro!

ESCENA IX

CARLOTA, RAMONA Y TIBERIO.

TIBE. Pero que es esto? Señoras, por Dios?

CARL. Esta señora que viene á robarme á mi marido.

RAM. Habrá embustera; usted está loca.

CARL. Yo loca? Ay! Ay!...

TIBE. Carlota! Esto faltaba.

RAM. Le parece á usted.

TIBE. Lo que me parece es que si no se marcha usted pronto, muere usted como las gallinas.

RAM. Es que yo tengo que contar á don Emilio....

TIBE. Bueno, vuelva usted cuando él esté.

RAM. Ya lo creo que volveré.

TIBE. Señora, vaya usted... á paseo.

ESCENA X

CARLOTA y TIBERIO.

TIBE. Esta es la segunda parte.

CARL. Ay, Dios mío, qué desgraciada soy.

TIBE. Pero qué ha pasado?

CARL. Que esa mujer venía buscando á Emilio para tratar no sé qué de una Asunción.

TIBE. Otro lío? Ahora no es María?...

CARL. Es más, me ha dicho con mucho retintín

que Emilio, está enamorado de Asunción. Usted lo vé? Esto es horrible!

TIBE. (Valiente enredo.) Pero... eso no es posible. Usted habrá entendido mal.

CARL. También V. está en el ajo, puesto que lo defiende... pues no necesito á nadie... me basto yo sola... nadie me hace caso... *Muy excitada vá tirando cuanto encuentra al paso.* Me voy con mis padres. El divorcio... el divorcio. *Vase lateral derecha.*

ESCENA XI

TIBERIO.

Recogiendo los objetos del suelo.

TIBE. Dia tantos, de tal mes; San Tiberio cesante y mártir... Este nuevo Santo seré yo. Señor! lo que tiene que sufrir un hombre por las pícaras exigencias del estómago... Qué vida! Tengo el cuerpo dolorido de los golpes que sobre mí han descargado esas dos fieras... Si no llego tan á tiempo!... Ni pelo se dejan... Pero qué habrá pasado? Y la cometa trae cola... vaya... porque la otra vuelve y estará Emilio y Carlota... y la funeraria también debía estar, porque aquí se matan. Pues y lo otro, lo otro... la cartita que he llevado á la carnecería... María Santísima!... Cuando el marido se entere. Pobre Emilio y la que te ha buscado tu costilla!... que te rompen lo menos tres. *Campanilla.* Ese es Emilio, me alegro, así le pondré al corriente de todo para... que emigre, porque lo lynchan. Ah, mujeres... mujeres...! Liosas!...

ESCENA XII

MARIA, CECILIA y TIBERIO.

CEC. Una joven que viene preguntando por el señor.

TIBE. Aprieta!
CEC. Qué la digo?
TIBE. Que se ha ido á la China.
MAR. Con que á la China.
TIBE. Hombre, vaya una franqueza.
CEC. Qué descaro! Me voy que esto me huele a lío.
TIBE. Pase usted adelante. (Que guapa es.)
MAR. Es usted el amo de la casa?
TIBE. No señora. Pero es lo mismo. Usted dirá.
MAR. Bueno. Pues yo soy María.
TIBE. (Jesús, María y José! La Carnicera.) Muy señora mía.
MAR. Eh! cuidado con el pico que lo marco. Yo no soy señora de nadie.
TIBE. Usted dispense. (Es cerril.)
MAR. Y V. qué pito toca en esta casa?
TIBE. Yo no toco pito ni flauta.
MAR. Pues entonces tocará usted el violón. Estará usted enterao de una carta que han escrito á mi Juan?
TIBE. (Ya pareció el nublado.) Sí, tengo una idea.
MAR. Pues... yo tengo también una idea... pero es, la de arrastrar del moño á la chismosa que la ha escrito. Mi Juan es muy hombre. Esta usted?
TIBE. Estoy.
MAR. Y mi Juan *tié* mucha confianza en su mujer. Está usted?
TIBE. Estoy.
MAR. Y como *tié* confianza en su mujer, pues no *cree* na de lo que le dicen en la carta. Está usted?
TIBE. Estoy.
MAR. Y mi Juan sabe que de un puñetazo mata á un hombre y le va á largar dos, al tipo ese de la carta. Está usted?
TIBE. No estoy, pero estaré molido. (Adiós Emilio.) Pero...
MAR. Porque mi Juan es muy bruto.
TIBE. Estoy. (Ah, no tiene estribillo.)
MAR. Una vez le rompió á uno dos muelas de una manguzá, *ná* mas porque discutían de si yo estaba ó no estaba en estado interesante. Está usted?
TIBE. Yo, no señora, que he de estar.

MAR. Pa chasco... digo, en lo bruto que es mi Juan.

TIBE. Ah! en eso ya estábamos.

MAR. El va á venir, pero yo me he adelantao *pa* avisar que llega y que tomen precauciones, y me voy antes que llegue, porque si me ve aquí se arma una de pepinos en vinagre que yo entiendo... Conque... hasta luego que vendré pa arrancar un moño. Campanilla y voces dentro.
Mi Juan! Ay Dios mío! Si me ve... nos mata.

TIBE. Demonio! Esto me faltaba, por vida de mi suerte! Y qué hago? Métase V. aquí hasta que se marche.

La esconde lateral derecha. Voces.

ESCENA XIII

TIBERIO y JUAN

JUAN. He dicho que paso y paso y pateo á quién me estorbe el paso... Buenos días! usté será el amo verdá? Pues á usté vengo buscando pá que se venga conmigo á tomar unas copas.

TIBE. Gracias, no bebo. (Llegó mi hora.) Usted debe estar equivocado.

JUAN. Yo no me equivoco... el que se ha equivocado es usted.

TIBE. Yo?

JUAN. Si señor, usté me ha tomao á mi por el hijo del tio chepa, y mi padre era muy derecho... Usté no tendrá el gusto de saber con quén tiene el honor de estar hablando, verdad?

TIBE. Sí señor, con el hijo del tío derecho; si lo acaba usted de decir.

JUAN. Está usté de chunga?

TIBE. No señor; lo que estoy es en peligro.

JUAN. Pues yo soy un hombre mayormente, en *tos* los terrenos propios de los hombres y tal.

TIBE. Cuá!?

JUAN. Y tal. Soy el señor Juan y no el Lanas.

TIBE. (Será el pelos.)

JUAN. Y vengo con el solo objeto de diñarle á usté dos manguzás en el rostro y convertirlo en careta.

TIBE. (Que bestia.) Y á mí por qué?

JUAN. Pus... Velay... Caprichos. Usté es el gachó que dice esta carta... Y usté se la come. *Le quiere cojer para hacerlo.*

TIBE. Gracias acabo de almorzar. Pero... señor Juan. Avéngase usted á razones, yo le explicaré...

JUAN. *Soltándole.* Hable usté: no quiero que digan que me amontono, porque el hombre que se amontona, no es más que un montón de...

TIBE. Es verdad... eso está muy bién... no te amontones Juan.

JUAN. Conque... al bulto.

TIBE. Pues bien... Esa carta está escrita por la señora de esta casa, que la pobre está loca... y le ha dado por ahí.

JUAN. Sí? Pues hay un refrán que dice, que el loco por la pena es cuerdo y si á ella le ha dao por ahí. *Ademán de escribir.* Yo la voy á dar por allí. *Ademán de pegar.*

TIBE. Juanito no te amontones... Lo que debe usted hacer es volver á su casa y despreciar esas cosas. Ya sabemos todos que su señora es incapaz.

JUAN. Es que á mí, no me dá usté la coba... lo que usté busca ya lo se yo... y usté.. *Le amenaza.*

TIBE. (Este me pega.)

JUAN. Y usté se calla, y yo haré lo que me dé la gana, y yo no me marcho sin desfigurar un cutis.

TIBE. (Dios mío no se marcha, y Emilio va á llegar... nada... que lo lyncha este bestia. *Campanilla.* El es... como convencer á este... Ah!) Diga usted, Juanito.

JUAN. Cuerno.

TIBE. Bueno Juanito Cuerno.

JUAN. Se pitorrea usté?

TIBE. Cá; no señor! (Dios de Dios que no entre Emilio.) Haga usted el favor de pasar á este gabinete, que yo le llamaré enseguida para arreglar eso de la carta. Ahora ha llegado visita y...

JUAN. Y á mí que me importa.

TIBE. (Hombre le rompía el alma.) No sea usted... Juan y adentro. Empujándolo.

JUAN. Cediendo. Bueno, pero misté que salgo.

TIBE. Sí, hombre, sí, saldrá usted. Lo encierra lateral izquierda. Virgen santa... en qué parará esto!

ESCENA XIV

RAMONA, TIBERIO y PEPITO.

RAM. Ya estoy de vuelta y no sola!

TIBE. (Anda la mamá de la Asunción.) Sí, ya lo veo. (Y viene con un langostino... Ay! con este me atrevo yo.) Bueno y qué.

PEP. Esta es mi madre.

RAM. Este es mi hijo.

TIBE. Y yo soy el Espíritu Santo... Qué desean?

PEP. A mi madre se la ha faltado en esta casa, se la ha insultado, atropellado... y yo vengo á pedir...

TIBE. Dios le ampare no tengo suelto.

PEP. Usted se burla... A pedir una satisfacción... si señor.

TIBE. (Este no me asusta.) Sí? Pues no se la doy á usted.

PEP. Caballero!

TIBE. Señor mío!

RAM. Pepito no te pierdas.

PEP. (En que líos me mete mi madre.) Usted me falta.

RAM. Usted nos falta.

TIBE. Pues ustedes me sobran y sobran también aquí, conque... ahuecando.

PEP. Otro insulto! Nueva reparación.

RAM. Grosero! Ay, yo me pongo mala.

TIBE. No... deje usted eso para su casa que aquí no tenemos éther.

PEP. Ni educación.

TIBE. Pero tenemos manos para hincharle á usted las narices.

PEP. A mí? (Este lo hace.)

TIBE. Persiguiéndole y Pepito huye. A usted, Lagartija sin rabo.

RAM. Socorro!... Favor!... Hijo mío.

ESCENA XV

RAMONA, TIBERIO, PEPITO y EMILIO.

EMIL. Todos quietos. Qué escándalo es este en mi casa? Qué ocurre? A Tiberio.

RAM. Los tres á un tiempo. Verá usted. Yo vine para que ultimáramos el asunto de la mina y su señora me insultó de tal modo...

PEP. Verá usted. Mi madre vino á esta casa y fué insultada y maltratada, por su señora y yo vengo para defender á mi madre.

TIBE. Esta señora vino antes para hablarte y tu mujer la ha confundido con otra y han armado una mar y morena que...

EMIL. Me vuelven loco! Uno solo... usted señora... hable.

RAM. Estuve antes aquí por si podía hablar con usted y terminar el asunto de la mina, hablé con su señora, y no sé qué mosca la picó que sin más ni más me puso hecha un trapo y hasta me pegó.

TIBE. Mentira, que fué á mí.

PEP. Y eso merece una explicación.

EMIL. Eso no es posible; mi señora es incapaz de ofender á nadie.

TIBE. Pero si es que esta señora le contaba á Carlota, no sé qué de una Asunción y dale con Asunción y claro... tu mujer... el delirio, chico.

EMIL. Buena la ha hecho usted... me ha partido.

RAM. Pero por qué?

EMIL. Porque mi mujer es....

CARL. Dentro. Tiberio!

TIBE. Tu mujer!... si sale y vé á esta aquí... Voy!

EMIL. Dios nos asista. Escóndase usted señora, luego la sacará Tiberio por la puerta de escape.

CARL. Dentro. Tiberio.

TIBE. Que sale! pronto.

PEP. Pero...

TIBE. Empujándolos 2.ª lateral izquierda. Adentro!

PEP. Pero me dará usted una satisfacción?

TIBE. Dos patás.

ESCENA XVI

TIBERIO, EMILIO y CARLOTA.

EMIL. Gracias á Dios.
TIBE. Aquí está la otra.
EMIL. Quién es la otra?
TIBE. María.
EMIL. Quién es María?
TIBE. Y su marido.
EMIL. Te has vuelto loco?
CARL. Pero está usted sordo?
TIBE. Disimulando. Con que la sesión tan animada, eh? Reparando en Carlota. Ah! ya iba es que Emilio me estaba contando..
EMIL. Si... le estaba contando. (Pero que ocurre aquí, Dios mío?

(Tiberio hace señas y Emilio no las comprende.)

CARL. (Están intranquilos; aquí ocurre algo.) Ya estás de vuelta?
EMIL. Sí.
CARL. Arreglaste ya la fuga? Infame!
EMIL. Carlota! no empecemos!
CARL. No me hables, mal esposo... ingrato... me marcho... no quiero ni aun estar donde estés tú. (Va á entrar 1.ª lateral izquierda.)
TIBE. No; no entre usted ahí. (Yo sudo.) Tengo encerrado un perro que creemos está rabioso.
CARL. (Tendremos prudencia.) Con qué un perro?
TIBE. Sí... Sí... señora.

Lateral izquierda, Tiberio salta y se interpone.

CARL. Entonces no insisto. Se dirige á la segunda.
TIBE. No... en ese cuarto menos... Está la hembra... la perra.
CARL. Basta de farsa! Fuera de la puerta.

Abre Carlota y sale Juan que se queda en el quicio, Carlota se asusta. Cómo, un hombre!

ESCENA XVII

Dichos, JUAN, MARIA, RAMONA y PEPITO.

EMIL. Pero qué es esto? qué hacía usted ahí? Quién es usted?

TIBE. El hijo del tío tieso.

JUAN. Y á usté que le importa? Este señor me ha encerrao aquí.

TIBE. Sí yo... porque... porque... *Señas á Emilio.*

MAR. *Saliendo.* Pero voy á estar aquí *toa* la vida?... *Viendo á Juan quiere esconderse.* Uy, mi Juan!

JUAN. Ah! María *La coje del brazo y la baja.* Ven acá! Qué haces aquí? Habla ó te deslomo!

MAR. Pero Juan... que te piensas... he venío para arrancar el peluquín á una cursi... y este me dijo que esperase ahí.

EMIL. Pero mi casa se ha convertido en una casa de locos?... Tiberio explícame...

RAM. *Saliendo.* No espero más.

PEP. Nos marchamos..

EMIL. Dios mío, qué es esto?

TIBE. El júicio final.

CARL. Niégalo ahora; ya están presentes los personajes de tus trapicheos.

MAR. *Hacia ella.* Oiga usté... só... lipi.

JUAN. Donde hay un hombre?

RAM. Descarada.

PEP. Una reparación.

TIBE. Usted se calla.

EMIL. Señores... por Dios calma que nos entendamos... *Todos quieren hablar.*

JUAN. Silencio *tó* el mundo, que voy á hablar yo: Quién es el amo aquí?

EMIL. Servidor.

JUAN. Pues lea usté esto. *Le dá la carta, Emilio la lee y durante la lectura Juan juega con el bastón amenazando.*

EMIL. *A Carlota.* Carlota! Tu te has propuesto buscar mi desgracia. Qué significa esto?

CARL. Mi venganza.

EMIL. Tu locura. Señores yo ruego á ustedes que perdonen esta lijereza de mi señora, motivada por unos ridículos celos.

JUAN. Pero yo quiero saber...

CARL. Lea usted. *Le dá el trozo de la carta.*

EMIL. Tome usted. una esos dos pedazos y verá clara la equivocación. *A Carlota.* Y tú lee también y que te sirva de lección.

CARL. «Amigo Mariano: Espero esta noche la prometida Fuga de vocales. Tuyo, Emilio.» Estoy convencida de mi imperdonable falta respecto á estos señores; pero y esa Asunción?

RAM. Esa Asunción, es una mina que yo poseo

y que lleva ese nombre. Hace tiempo que estoy en tratos de vendérsela á D. Emilio y venía á ultimar el asunto.

EMIL. Ves á qué vergüenza te exponen tus arrebatos nerviosos? Estás ya convencida de mi inocencia?

CARL. Abrazándole. Emilio.

EMIL. Déjame saldré de aquí para siempre, no quiero que tus celos sean mi perdición.

CARL. Perdóname que yo prometo enmendarme.

EMIL. Que te perdonen estos señores á quienes has ofendido.

CARL. Abrazando á María. Quiere usted ser mi amiga?

MAR. Ya lo creo y la perdono con *toa* mi alma...

TIBE. Todas son iguales.

CARL. A Ramona abrazádola. Señora!

RAM. Vaya todo pasó: Don Emilio qué hacemos de la mina?

EMIL. Me quedo con ella, y desde hoy deja de llamarse Asunción; se llamará «La Celosa.» Con eso tendrás siempre presente...

CARL. No olvidaré la lección.

EMIL. A Tiberio. Y tú amigo mío, tendrás siempre un puesto en mi casa á condición de que no te vuelvas á meter en ningún lío.

TIBE. Pero hombre... que hasta lo último he de cargar con el mochuelo!...

EMIL. Pasemos al comedor. Quiero tener el gusto de invitar á ustedes, en celebración de este desenlace.

JUAN. *Mú* bién hablao.

TODOS. Vamos.

EMIL. Señalando al público. Carlota!

CARL. Yo... no... me dá verguenza... eso Tiberio.

TIBE. (Que monada, hombre.)

Al público.

Público siempre galante
pongo piés en polvorosa,
si no aplaudes al instante
á Carlota; á «La Celosa.»

TELÓN.

A los señores del Reparto

Nos resta solo un aplauso de agradecimiento, para todos cuantos habéis contribuído con vuestro talento á la salvación de **La Celosa.**

Los Autores.



PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerias.